

## LA REFORMA EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Hna. Marta Inés  
Restrepo, ODN

Valorar el movimiento que lleva clásicamente el nombre de “reforma de la Iglesia”, con una perspectiva de medio siglo recorrido entre su surgimiento y nuestros días, nos permite ubicar con mayor lucidez y aún espíritu ecuménico a las personas y los eventos que dividieron la Iglesia desde 1517 pero que, vistos hoy pueden convertirse en una gran riqueza espiritual por el esfuerzo ecuménico contemporáneo. El monje agustino Martín Lutero, alemán de origen, fue su gran promotor. Aunque no ha sido la única división vivida en la historia de la Iglesia, es al que típicamente se le adjudica el nombre de “Reforma protestante”. Lutero no tenía como propósito separarse de la Iglesia, solamente reformarla. Se le llamó protestante porque su reforma se convirtió en una causa política frente a la unidad que formaban el papado y el imperio. Con la protesta provocada por este movimiento de corte separatista, nacieron los estados modernos.

La reforma de la Iglesia, como recuperación del Evangelio perdido entre las prácticas religiosas, a la larga sin sentido y sin suficiente formación del pueblo creyente por ese largo período que se lla-

mó “Edad Media”, lleva el nombre de Martín Lutero<sup>1</sup>. En efecto, muchos reformadores habían intentado antes realizar este mismo propósito, como San Francisco de Asís y Sto. Domingo de Guzmán en los siglos XII y XIII. Otros movimientos menos felices también lo habían propuesto. Pero en medio Renacimiento, la entrada en la modernidad está marcada por esa fuerza incontenible que más tarde se torna en luchas religiosas que abarcan casi un siglo, sobre todo en Francia, para terminar, en el siglo XVII, en el siglo de oro de la unidad católica francesa.

El papado de Lorenzo de Medici (León X), la construcción de la Basílica de San Pedro, cuyo costo excedía los haberes de los estados pontificios, la vida mundana de los papas renacentistas, el recurso al “cobro de las indulgencias”, provocó en Alemania primero, y luego en Francia y en Suiza después, la reacción anti romana llamada “Reforma protestante”. Toda reforma de la Iglesia en la historia ha sido un esfuerzo por volver al Evangelio. Los reformadores se inspiraron en los cinco artículos promovidos por Lutero: *Sola Gra-*

*tia, Sola Fide, Sola Scriptura, Solus Christus, Soli Deo Gloria.* Rechazaban por tanto la mediación de la Iglesia en la persona de su clero y de los sacramentos, de los que solo reconocieron el bautismo y la cena del Señor. Sobre Lutero, se expresa así el Dr. Alberto Ramírez Z, en su artículo “De Martin Lutero a Juan Calvino”:

*Entre los historiadores recientes de la Iglesia, sobre todo entre los del siglo XX, Joseph Lortz ha sido el verdadero pionero de la presentación de una nueva imagen católica de Lutero. Para él, Lutero fue un “homo religiosus” genial, un cristiano sin tacha, un reformador que vivió su situación desde una fe profunda y actuó también desde esa misma convicción. Lortz se preocupó ante todo por liberar a Lutero, por lo menos en parte, de la responsabilidad que se le atribuía en relación con la división de la Iglesia. El propósito de Lutero no fue dividir la Iglesia, ni mucho menos realizar una revolución de carácter político-religioso, sino realizar, como se ha dicho, la reforma profunda de la Iglesia.*

---

<sup>1</sup> RAMÍREZ Z., A. De Martín Lutero a Juan Calvino. Sobre el papel del Protestantismo en el Surgimiento de la modernidad, En Rev: *Cuestiones Teológicas*, UPB., Medellín, Vol. 36, No. 85 p. 129-146, Enero-Junio 2009,

*(...) La Ilustración, tan ligada con el Protestantismo por muchas razones, vio en él, además del hombre ilustrado, políglota y pionero de los tiempos modernos en cuestiones de interpretación de la Biblia, al liberador del despotismo moral de la época, defensor de la razón, adversario decidido de una religión practicada en un sentido supersticioso<sup>2</sup>.*

Muy pronto en Suiza, Ulrico Zwinglio y Juan Calvino adhirieron a la propuesta luterana y la transmitieron en Francia. Nacieron así otras iglesias “separadas” de la catolicidad. A comienzos del siglo XVI toda la nobleza discutía sobre asuntos teológicos y deseaba un retorno al humanismo en categorías renacentistas. Erasmo en Holanda era un paladín del diálogo entre las diversas corrientes de pensamiento. Su influencia llegó a España sobre todo a través de Juan Luis Vives.

Muchos que permanecieron fieles al pontificado, aun comprendiendo que éste también debía reformarse, emprendieron la defensa de la fe católica. Ignacio de Loyola y Teresa de Ávila en España, precedieron e inspiraron el proyecto apostólico de Juana de

Lestonnac, la “Santa de Burdeos” como la llaman en su ciudad natal. A Ignacio se le aprecia como el primer santo de la modernidad. Sus Ejercicios Espirituales provocan, por el discernimiento de espíritus, un humanismo centrado en la conciencia personal y en la experiencia “inmediata” de Dios. Aunque Ignacio no tuvo un acceso directo al evangelio, como lo tuviera Lutero en cuanto exegeta y traductor de la biblia a la lengua alemana, Ignacio propone un seguimiento y conocimiento interno de Cristo por la meditación y contemplación de los misterios de su vida, pasión y muerte. La orientación de los jesuitas es definitiva en el paso de Juana de Lestonnac de una espiritualidad medieval, vivida en el Cister de Tolosa, a una espiritualidad humanista y moderna, bajo la regla de Ignacio.

Había nacido en 1556, año en que moría San Ignacio, en el hogar de un católico ferviente: Ricardo de Lestonnac, y de una calvinista llena de entusiasmo: Juana Eyquem de Montaigne. Ricardo, consejero de Estado, era por familia y por convicción, un paladín de la fe católica. Juana, por su parte, era hija de una familia

---

<sup>2</sup> Ib. p.134.

judía venida de España en tiempo de los Reyes católicos. Con la presencia del calvinismo en el sur de Francia, Juana Eyquem militó en la reforma protestante llamada de los Hugonotes. Su familia estaba dividida: Michel de Montaigne, su hermano, el humanista, estuvo siempre atento a que su sobrina no sufriera la influencia de la madre, quien llevaba a la pequeña Juana no solo al culto sino a la escuela reformada.

Los efectos de esta división familiar, pronto se dejaron sentir en el hogar de los Lestonnac. Juanita, por su parte, acompañada en su fe por su hermano Roger, jesuita, y por su padre, hubo de romper con la madre. Más bien, la madre con la hija. La huella de aquella experiencia familiar y de su contacto con la escuela calvinista tendrá una honda repercusión en la historia de la fe de Juana de Lestonnac y sobre todo en su proyecto de educación de la mujer.

Si bien Burdeos en tiempo de los Lestonnac y los Eyquem de Montaigne era un hervidero de la cultura renacentista, no lo era menos del lado de los debates religiosos. Para cada uno, dentro de las familias, era una cuestión

netamente personal su opción religiosa. Urgía una educación religiosa suficientemente ilustrada para defender la fe católica con el mismo entusiasmo con el que los calvinistas predicaban la suya. Fue así como los jesuitas no tardaron mucho en hacerse presentes en Burdeos, pero faltaba la educación de la mujer. Juana dirá más adelante: “educar una joven es educar familias enteras”.

La lectura personal de la Escritura Sagrada, prohibida a causa de la reforma para defender a los católicos del “libre examen”, sedujo de un modo particular a las mujeres cultas de la época. De Juana Eyquem dicen los historiadores que dominaba el griego y el latín. Los métodos pedagógicos partían del canto litúrgico y de los debates religiosos. Juana va a ser providencialmente protegida en su fe católica por su padre, su tío Miguel de Montaigne y su hermano Roger. Renunciará pues a la escuela calvinista que seducía a las niñas bordelesas por la promoción de la mujer. Lutero había efectivamente pedido que las niñas, aún las campesinas, aprendieran a leer para así tener acceso directo a la Escritura, propuesta extremadamente seductora para una época en la que se

desvaloraba la formación intelectual de las mujeres.

Juanita deseará, desde ese momento, “realizar en Francia, lo que Teresa en España”. Su padre la hace inclinarse al matrimonio. Ve en esta obediencia paterna el querer de Dios, pero al desear una íntima relación con él, es fortalecida por una luz interior que le dice en su corazón “no dejes apagar la llama que he encendido en tu corazón y que te inclina con tanto ardor a mi servicio”. Esta llama acompañará su vida entera, aún en su matrimonio con Gastón de Monferrant, del que tuvo 8 hijos.

Las guerras religiosas se multiplican por entonces. Mientras avanzaba la reforma calvinista la respuesta católica no se dejó esperar. En los conventos se multiplicó la “contrarreforma católica”. Vista con una mirada actual, este movimiento de fervor religioso por ambos lados, produjo en Francia “el siglo de oro de la Iglesia”, como se llamó al siglo XVII. A pesar de las guerras, hubo una cualificación de la fe como opción lúcida y personal y no por simple religiosidad atávica. Va surgiendo una nueva etapa de la historia, como lo fue la moderni-

dad, con una fe más experiencial e ilustrada.

Juana de Lestonnac, como lo dice alguno de sus historiadores, cabalgó entre dos siglos: la Edad Media y la Moderna. Perteneció a la Edad Media por su opción, al momento de su viudez, por las feillantines de Toulouse, hoy desaparecidas: una reforma cisterciense de extrema observancia propuesta por Jean de la Barrière, en la que, por el exceso de austeridades, perdió en menos de seis meses la salud y de la que hubo de retirarse por esta misma razón. Y a la Edad Moderna por su encuentro con los jesuitas.

Es a San Ignacio de Loyola a quien se debe la oración “personal”, del encuentro tú a tú con el Señor, más allá de la clásica oración monástica del rezo de los salmos. Una mística del encuentro “inmediato” con Dios, como lo propone Ignacio en sus EE, surge en la Iglesia con la experiencia espiritual de Ignacio en Manresa. Era un laico, un militar que rendía sus armas ante Nuestra Señora para partir a la conquista de las almas. Llevaba como alforjas solamente una certeza: Dios se comunica de un modo íntimo, di-

recto, con su creatura. ¿Quién no escucha en estos textos también la influencia de la reforma luterana? Sin embargo Ignacio hace voto de obediencia al Papa. Escribe las reglas del discernimiento de espíritus, propone el examen de conciencia, más allá del libre examen de los textos.

Estamos asistiendo a una reforma de la iglesia de un gran poder ecuménico, que solo ha sido reservado para un tiempo más maduro y más tranquilo, como lo ha sido el nuestro, en el esfuerzo posconciliar del Vaticano II.

Hoy podemos dimensionar mejor la riqueza de la reforma al servicio del ser humano mirado en su proceso de humanización y de personalización. Juana de Les-tonnac propondrá en femenino lo que Ignacio en masculino. A la hora de su viudez, Juana emprende con la guía de los jesuitas, la fundación de 30 “casas de Nuestra

Señora” con el nombre de Orden de la Compañía de María Nuestra Señora, con un carisma educativo que propone la búsqueda de la salvación integral de la persona por la educación, no solo por medio de las ciencias naturales y humanas, sino sobre todo por la educación de su fe. Una fe culta, personal, responsable de un proyecto de vida. La capacitación de las niñas y jóvenes para hacerse cargo de su vida y para “tender la mano” en obras de justicia y solidaridad. Contribuye así a la reforma de la Iglesia, haciendo a las mujeres más conscientes del sentido de su presencia y de sus carismas en la vida de la Iglesia. Así fue la obra de Juana de Les-tonnac, que abarca ya 4 siglos, hoy abierta a las misiones y a la educación no formal en lugares apartados, en cuatro de los cinco continentes.